

Los más brutales goces de la vida;

 Entónces, como el aire corrompido
 Que invadiendo el espacio, se dilata
 Lento, invisible, acaso no sentido,
 La cólera del Cielo se desata,
 Avanza sin cesar, muda y sombría,
 Y como el rayo y la epidemia mata.
 Entónces Dios sobre la raza impía
 Que marcha presurosa hácia el abismo,
 Sus horrendas catástrofes envía (1).

Pero sucede que el vulgo de los no poetas, suele decir que, mal que nos pese á los ultramontanos y al Sr. Nuñez de Arce, todos los siglos, sin excluir el siglo de oro de nuestras letras y artes, han aportado al acervo comun su contingente de inmoralidad. A esto, en primer lugar, respondo que no hay que confundir ciertas desenvolturas en el lenguaje con la verdadera inmoralidad; que á oídos inocentes de personas creyentes y piadosas no les puede ofender alguna palabra ó frase, ó pasaje ó escena, de cierta libertad y desenvoltura por su forma externa; que nosotros oímos con malicia y comentamos con fruición algo escrito en el siglo de oro sin átomo de impiedad ni de inmoralidad; porque el que es creyente, y habla con creyentes, usa de cierto candoroso abandono que es peligroso para un auditorio maligno, así como inofensivo para un pueblo creyente y honrado. Pero áun siendo exacto, como efectivamente lo es, que todos los tiempos, áun los ménos depravados, tuvieron su cosecha de perversas obras, al fin como de hombres, contesta á la objecion nuestro nuevo compañero, de un modo que no admite réplica, en su ex-

(1) Nuñez de Arce.—*Gritos del combate*, 1875, págs. 129 y 130. Por ménos que esto se llama hoy *ultramontano* á cualquiera que lo diga en prosa. Por fortuna, no es ofensa; ántes bien grandísima honra.

celente discurso. Una cosa es producir obras inmorales, y otra matar la conciencia: no puede ser lo mismo afrontar los remordimientos que pesan al cabo sobre quien borrajó y sacó á luz obras provocativas, que suprimir los remordimientos. Se ha obrado el mal, sabiendo que era malo; pero no se ha tenido la audacia de presentar lo malo como bueno, la bondad como tontería, y la santidad como estéril sacrificio: eso no ha sucedido nunca hasta ahora hace diez y nueve siglos.

¡Pero si se hace más! ¡Si se llega hasta falsear el divino misterio de la Redencion! Las generaciones que nos precedieron tenían costumbre de ver en la escena á D. Juan Tenorio seduciendo incautas doncellas y matando hermanos y padres celadores de su honra, para ser despues tragado por el infierno á vista del aterrado espectador. Ahora no podemos tolerar semejante injusticia: somos tan tolerantes, tan benévolos, tan finos, tan bondadosos, que nos gozamos en la seducción y el escándalo; y á presenciario y aplaudirlo acudimos todos los años, cabalmente el dia de la Conmemoracion de los fieles difuntos; y para falsificarlo todo, necesitamos que D. Juan se salve, y que á nuestra presencia se vaya vestido y calzado al Cielo, no en las alas del arrepentimiento, la contrición y la penitencia, sino por el amor sensual de una mujer que abandona las mansiones celestiales, y renuncia á ellas, no para salvar un alma cristiana diciéndole

¡Ah de tí si no aprovechas
 La eternidad de un instante!

sino para requebrar de amores al libertino desalmado é impenitente.

Si Tirso de Molina levantara la cabeza y viera tal profanacion de su *Burlador de Sevilla*, volveríase luégo des-

corazonado al sepulcro. Afortunadamente, el personaje fantaseado por el fraile de la Merced, y su cristiano poema, conservan el desenlace cristiano en la obra que admira el mundo realzada y sublimada con las melodías de Mozart.

Adviertan los que de Dios
Juzgan los castigos grandes,
Que no hay plazo que no llegue
Ni deuda que no se pague (1).

Pero ¿es cierto que no se pueda ir contra la corriente? ¿Es verdad que sea preciso humillarse ante las depravaciones inícuas, ó romper la lira? ¡Oh! no; Alarcon puede decir en voz alta, y os lo acaba de decir con regocijo, que el Bien ha sido siempre su norte, que se ha propuesto ser útil á la familia y á la sociedad si ensayaba la novela, consolador del espíritu humano cuando pulsaba su arpa. Sin embargo de lo cual, y por ello precisamente, puedo yo afirmar, á presencia del primer cuerpo literario de España, que sus novelas son muy leídas, y sus poesías muy apreciadas. Pues lo que Alarcon hace en medio de los errores contemporáneos ¿por qué no lo pueden hacer todos los peregrinos ingenios de la patria? El público influye en ellos, no lo niego; pero ellos influyen en el público; y puesto que hablan á toda hora de su *mision* y de su *sacerdocio*, no parece exigirles mucho con obligarlos á que lidien contra la corriente y den pruebas de valor y de vocacion verdadera.

Creerá alguno que Alarcon, en este punto, es un convertido; no por cierto: mi digno ahijado tiene la dicha de

(1) *El Burlador de Sevilla y Convidado de piedra*.—Comedias de Tirso de Molina coleccionadas por Hartzzenbusch, pág. 589 de la edición de Rivadeneira.

haberse conducido siempre honradamente en el campo literario. Por el año de 1855, siendo casi niño, escribía y daba á la estampa *La noche-buena del poeta*. Describe la que pasó á los siete años de su edad, en su pueblo: «En mi pueblo, á noventa leguas de Madrid, á mil leguas del mundo, en un pliegue de Sierra-Nevada.—¡Aun me parece veros, padres y hermanos!—Un enorme tronco de encina chisporroteaba en medio del hogar: la negra y ancha campana de la chimenea nos cobijaba: en los rincones estaban mis dos abuelas, que aquella noche se quedaban en casa á presidir la ceremonia de familia: en seguida se hallaban mis padres; luégo nosotros, y entre nosotros, los criados.—Porque en aquella fiesta todos representábamos *la casa*, y á todos debía calentarnos el mismo fuego... Algunos copos de nieve caian por el cañón de la chimenea... ¡y el viento silbaba á lo léjos, hablándonos de los ausentes, de los pobres, de los caminantes!»

«Yo no ceno en mi casa hace algunas Noches-buenas.—Mi pueblo ha desaparecido en el océano de mi vida, como el islote que se deja atrás el navegante.—Ya no soy aquel Pedro, aquel niño, aquel foco de ignorancia, de curiosidad y de tristeza, que penetraba temblando en la existencia.—Yo soy ya... nada ménos que un hombre, un habitante de Madrid, que se arrellana cómodamente en la vida, y se engríe de su amplia independencía, como soltero, como novelista, como voluntario de la orfandad que soy, con patillas, deudas, amores y tratamiento de usted!!!»

«¡Oh! Cuando comparo mi actual libertad, mi ancho vivir, el inmenso teatro de mis operaciones, mi temprana experiencia, mi alma descubierta y templada como un piano en noche de concierto, mis atrevimientos, mis ambiciones y mis desdenes, con aquel rapazuelo que tocaba la

zambomba hace quince años en un rincón de Andalucía, sonríome por fuera, y hasta lanzo una carcajada que considero de buen tono; mientras que mi solitario corazón destila en su lóbrega caverna, procurando que no la vea nadie, una lágrima pura de infinita melancolía.»

«Lágrima santa, que un sello de franqueo lleva al hogar tranquilo donde envejecen mis padres!»

¡Oh, Sr. Alarcon, mi digno y querido amigo! Esa lágrima es una perla: de esa preciosa margarita brotan y caen como bendición sobre la frente del poeta los versos con que termina, puestos en boca de un padre, la comedia intitulada *El hijo pródigo*:

¡Sí... serás bueno... lo sé!
Que ya, aunque lejos de mí,
No estás solo en tu aflicción;
Pues irán eternamente
Mi bendición en tu frente,
Y Dios en tu corazón!

El hijo pródigo, comedia representada é impresa en 1857, parece el desenvolvimiento de *La Noche-buena del poeta*. La idea de la santidad de la familia cristiana, está profundamente grabada en el alma de Alarcon, y nunca la olvida, y jamás deja de dar con ella vida y calor á bien inspirados cuadros, á escenas interesantes y tiernísimas, que hacen salir dulces lágrimas á los ojos, derraman consuelo en el corazón, y arrancan involuntarios aplausos áun de aquellos que no rezan por sus muertos el día dos de Noviembre ni pasan en su casa la Noche-buena; tipos admirablemente pintados por Alarcon en el artículo y la comedia. Todo el que lea una y otra producción, tomará cariño al autor: no puede menos de quererse á quien de sí decía: «Algunas familias en las que soy un extranjero,

me han querido dar la limosna de su calor doméstico, convidándome á comer—¡porque ya no cenamos!—Pero yo no he ido; yo no quiero eso; yo busco mi cena pascual, la colación de Noche-buena, mi casa, mi familia, mis tradiciones, mis recuerdos, las antiguas alegrías de mi alma, ¡la Religión que me enseñaron cuando niño!»

Tampoco es posible no estimar á quien más adelante, en 1874, saca á luz estas palabras, propias del nobilísimo pecho de un literato eminente, y hombre de bien: «¡*El Rosario!* Veinte años hacía ya por lo ménos que no lo veíamos recorrer á aquella hora y de aquel modo (según la inmemorial costumbre) otras ciudades, villas y aldeas de la proverbial *tierra de María Santísima*.—¡Y qué veinte años! Durante ellos, los mismos que solíamos felicitarnos de la desaparición del antiguo orden social y político de España... hemos venido á reconocer, en cambio, á fuerza de crueles lecciones..... que esa libertad y esas ideas, lejos de domesticar, de civilizar, de dignificar más y más cada día á las clases bajas..... las han hecho retroceder á la primitiva barbarie.—Inútil, ocioso, necio, y sobre todo peligrosísimo..... fuera cerrar los ojos á esta verdad que palpita en el fondo de la conciencia de cuantos hemos dirigido la voz al pueblo, (creyendonos sus redentores), desde el periódico ó desde la tribuna, desde el libro ó desde la cátedra. ¡Imposible escapar á nuestros remordimientos! Los espantosos resultados de nuestras bien intencionadas, pero imprudentes provocaciones, están hartos á la vista en todas partes..... Así pudiera continuar mucho tiempo, á riesgo de que se me considerase neo-católico, ultramontano, retrógrado, oscurantista, persa, carlino y partidario del tribunal de la Inquisición.—Mas creo haber dicho ya lo bastante para explicar la profunda com-

placencia que nos causó aquella noche ver al pueblo orgivense, representado por sus hijos, hacer pública profesión de su fe cristiana.» (1)

No importa que haya andado por medio de los «vates del siglo XIX convertidos en gacetilleros;» que haya visto «á la musa con las tijeras en la mano despedezando *suel-tos*; á los que en otros siglos hubieran cantado la epopeya de la patria zurcir *artículos de fondo* para rehabilitar *un partido*:» Alarcon ha arribado á puerto seguro, y con el amor de la familia que la Divina Providencia le ha dado, ve coronados todos sus esfuerzos, disipadas sus zozobras, realizados sus ensueños, logradas sus esperanzas.

¡Penas! ¡Recuerdos! ¡Horas desaprovechadas ó mal invertidas!

¿Quién no lleva escondido
Un rayo de dolor dentro del pecho?
¿Por cuál dichoso rostro no han corrido
Lágrimas de amargura y de despecho?
¿Quién no lleva en su alma
¡Ah! por muy joven y feliz que sea,
Un penoso recuerdo, alguna idea
Que, nublando su luz, turba su calma? (2)

De *El Escándalo*, novela de Alarcon, dada á la estampa en 1875, no hay para qué hablar: quien no la haya leído, debe leerla, y hará amistad en seguida con un P. Manrique, que es, segun frase feliz de Alarcon, como todos sus hermanos: «en la Compañía de Jesus no hay más que un alma..... el alma de San Ignacio de Loyola.» Hará amistad con el hermano portero de la casa del P. Manrique; hará amistad con la Abadesa y con las Monjas del convento en

(1) *La Alpujarra*, 1874, páginas 179 y 180.

(2) Espronceda.

que estuvo una Gabriela tres años; hará amistad con un Lázaro, modelo de abnegacion y humildad; y hará amistad con Alarcon, á quien es preciso, sin remedio, estimar, cuando se acaba de leer tan noble, tan gallarda, tan interesante, tan valerosa novela.

Lázaro es, en *El Escándalo*, modelo de humildad y abnegacion, porque es cristiano; y por esta razon es personaje interesante y simpático. Si Alarcon hubiera prescindido de Dios en su novela, como se estila ahora; si su Lázaro hubiera aprendido á ser virtuoso en los libros de los filósofos y no en el catecismo, no fuera, como es, un hombre tranquilo y sereno que, queriendo lo más perfecto, hace un gran sacrificio, sino que sería un misántropo insoponible: en lugar de hacer y decir cosas preciosas y sublimes, diría y haría simplezas: en vez de ser simpático modelo de paciencia y resignacion, sería un mentecato; y en lugar de disponerse á cambiar su astronomía por la manera con que miraba al cielo el P. Manrique, debiera aparejarse para que le llevasen, por majadero, á una casa de locos, ya que no hay casas de tontos. Las obras de arte en que de caso pensado se prescinde de Dios, producen en el ánimo del lector ó espectador efecto contrario al que el autor se propuso. Y si de Dios se prescinde, no de caso pensado, pero inadvertidamente, la obra resulta necia. Todo esto, sin duda, tuvo presente Alarcon al escribir *El Escándalo*, y por eso cabalmente es su novela bellísima y provechosa.

En el discurso que nos ha leído ahora mismo, tiene el buen gusto de hacer público alarde de que para él la moral es la de Jesucristo, la redentora del alma, la de la humildad, la de la paciencia, la de la caridad, la del perdon de las injurias, la que despierta y ejercita todas las fuerzas de nuestro espíritu imperecedero. Pero donde se vislumbra